



Un Tema Interesante

Por Santiago Arellano Iturria

El vaporcito que hace diariamente la travesía de Pulpandan a Iloilo iba aproximándose a los siete islotes que indican la cercanía de la isla de Panay, los cuales, por analogía numérica, o bien por el peligro que entrañan para la navegación, ostentan el expresivo y acertado nombre de Siete Pecados. Apenas se distinguía ya, por la parte de popa, la silueta borrosa de la isla de Negros, desdibujada por la distancia como informe masa color cobalto. El sol, trepando al cenit por su escala de arrebolos, parecía flagelar suavemente al océano con sus disciplinas de oro—como altivo señor que infligiera un castigo a la rebeldía de su esclavo favorito—consiguiendo aquietar la turbulencia indócil de las olas, que se partían al choque de la roda con un leve murmullo de protesta.

Una campanilla, agitada por un camarero por tres veces consecutivas, nos avisó con su alegre retín a los pasajeros que la hora del yantar era llegada. Como la mayor parte del pasaje reservaba su apetito para comer en Iloilo, muy pocos fuimos los que nos sentamos a la mesa. Creo que no llegábamos a una docena los comensales. Hasta entonces no había yo cruzado la palabra con ninguno de mis compañeros de viaje, por serme totalmente desconocidos; pero sabido es que para desatar las lenguas no hay nada mejor que una buena comida, y más si ésta se entretiera con un buen vino. Antes de terminar la sopa, ya habíamos entablado conver-

sación unos con otros, cada cual, naturalmente, con los que más cerca de él estaban. Cúpome en suerte sentarme junto a dos compatriotas, viajante de una casa de comercio de Manila el uno y el otro contador de una de las centrales azucareras de Negros, ambos jóvenes y listos y amigos de conversar sobre cualquier materia. Comenzó nuestra charla por los lugares comunes de rigor en toda amistad incipiente, y tal vez no hubiera pasado de ellos, si un suceso inesperado ocurrido a bordo en aquel momento no viene a dar pábulo a las imaginaciones con un tema de grande y humano dramatismo. Un hombre, un pasajero, acababa de arrojarse al mar por la banda de estribor. El grito de alarma lo dió un marinero en el momento de caer al agua el desconocido, pero pasaron algunos minutos antes de que el barco pudiera detenerse. Corrimos todos a la borda tratando de percibir sobre las aguas algún rastro del suicida. El capitán, a su vez, había dado órdenes de arriar un hote para proceder al salvamento, mientras avizoraba con sus prismáticos la movediza superficie del mar en todas direcciones. La pequeña embarcación partió a grandes bordadas, impelida por cuatro remeros, a quienes acompañaba y dirigía el segundo oficial, dirigiéndose hacia el lugar donde se había sumergido aquel desdichado. Pero en vano bogaron durante un gran rato por aquellos lugares, infestados de tiburones; alguno de estos tigres del mar se habría dado un banquete con el suicida.

El triste suceso nos impresionó a todos profundamente, y al reanudar el barco la marcha, supimos que el suicida era un japonés que tenía una tienda en Iloilo y a quien se le suponía un poco «tocado», lo cual, por otra parte, suele caritativamente suponerse de todos los suicidas.

Excuso decir que desde aquel momento hasta que arribamos a Iloilo nadie habló a bordo de otra cosa. Mis dos compañeros y yo, desgana- dos a media comida por el suceso, optamos por tomar café, dando por terminada aquélla, y entre sorbo y sorbo del aromoso estimulante, abordamos el tema del suicidio por todos sus flancos. Los tres estábamos acordes en condenarlo. Sólo el viajante de comercio, aficionado como yo a la lectura, y nada más que por el gusto de discutir, salía de vez en cuando con alguna cita exótica y especiosa en pro del suicidio. Una cuestión tan interesante, derivada del hecho mismo que acababa de suceder, forzosamente había de dejar algún recuerdo en mi memoria y tentarme alguna vez con el deseo de reproducir la parte más importante de aquella discusión, que fue como sigue:

* * *

—Parece mentira—comentó el contador—que un hombre pueda llegar al extremo de atentar a su propia vida.

—Así es—asentí.—No se concibe que un ser dotado de razón llegue a ofuscarse hasta ese punto.

—Pero no me negarán Vds.—arguyó el viajante—que hay en la vida circunstancias que pueden hacerla aborrecible.

—No lo niego—concedí;—pero ¿eso qué prueba?

—Que el hombre es dueño de acabar con lo que le estorba, si lo que destruye le pertenece, como ocurre con la vida.

—Lo que Vd. dice no es más que una petición de principio, pues precisamente lo que se debe probar es esa pertenencia, y la sana filosofía y hasta el simple sentido común demuestran que la vida no es propiedad del hombre.

—¿De quién, entonces?

—¿De quién ha de ser, sino de Dios? Si el hombre se hubiera creado a sí mismo, podría disponer a su antojo de su existencia. Pero no siendo así, como nos consta a todos, pues que nacemos y morimos sin que nuestra voluntad inter venga para nada en ello, está claro que no somos más que usufructuarios temporalmente de ese precioso don de la vida, del cual no podemos

hacer ningún mal uso. Esto se puede probar con un vulgar ejemplo. Si Vd. me deja en depósito su reloj permitiéndome usarlo en tanto que Vd. no me lo pida, y en vez de conservarlo cuidadosamente, lo tiro al mar, es indudable que cometo una falta. Y si esto sucede con un objeto meramente material, no habría de constituir una falta, y falta gravísima, el disponer de nuestra vida destruyéndola contra la voluntad de su único y verdadero dueño que es Dios?

—Estimo sus razones, pero vuelvo a lo dicho: que ciertas circunstancias especiales justifican el suicidio. Vargas Vila, a propósito de esto, ha escrito dos máximas muy razonables.

—Mal defensor ha buscado Vd. para su tesis. Si algún escritor necesitáramos para personificar la negación y la contradicción, podría para ello servirnos Vargas Vila.

—Escúcheme, o mejor dicho, escúchele a él antes de juzgarlo. Dice Vargas Vila: «Si la vida es un fastidio, el suicidio es un derecho; si la vida es una infamia, el suicidio es un deber.»

—Eso no es más que una doble falacia que me recuerda, por lo perniciosa que puede ser para gente de poco seso, el aforismo criminal de Hipócrates, que no hay necesidad de citar ahora. Si Vargas Vila creyese en lo que dice, si fuese consecuente con su dialéctica pueril, sería el primero en suicidarse, pues que sus obras, plagadas de aberraciones, dan a entender a cualquiera que son un engendro del fastidio en que funda el derecho al suicidio. Nada digo del falso apotegma de la infamia aplicándolo a su autor, pues no le conozco personalmente ni me gusta escarnecer a nadie, pero a juzgar por sus obras...

—Aunque así fuera, antes de condenar una teoría es preciso demostrar su falsedad.

—Lo sé, y a eso voy. No hace falta decir que hablo como deísta y cristiano y, por lo tanto, que mis razones se fundan en la existencia de Dios y en la inmortalidad del alma, principios de que dimana la verdadera moral. Pues bien; si la vida es un fastidio, como dice Vargas Vila, el derecho del fastidiado será combatir el tedio por medios lícitos; el suicidio no es lícito, según



la ley moral, luego es falso el derecho al suicidio. La ilicitud en este caso se prueba con lo que dije antes: no se puede disponer arbitrariamente de lo que no nos pertenece; no somos dueños de la vida, luego no podemos hacer mal uso de ella o destruirla sin incurrir en grave responsabilidad. Respecto al suicidio en cumplimiento de un deber, como expiación de una infamia, el precepto de Vargas Vila me parece más descabellado que el anterior. Si por infamia se entiende la deshonra de un individuo por faltas o delitos cometidos por él, que deben ser expiados, el suicidio, siendo como es un acto ilícito, en vez de ser una expiación constituye una falta más

Si se cree en Dios, porque no se puede llamar deber a lo que tiende a la infracción de la ley natural, del orden moral, contraponiéndose a los verdaderos deberes para con Dios, consigo mismo y con los semejantes. Si no se cree en Dios, porque el bien y el mal son entonces palabras sin sentido, y la infamia no es tal infamia, ni tal deber el deber. De manera que Vargas Vila, o no supo lo que se dijo, o lo dijo por echárselas de filósofo, en cuyo caso ya hemos visto que el pobre Vargas es a la filosofía *totus alienus*. Si no estuviéramos ya cerca de Iloilo, le citaría a Vd. un precioso argumento de Tolstoy combatiendo el derecho al suicidio; y digo de



que se suma a las que originaron la deshonra; por donde se infiere que el suicida, en tal caso, no es menos irracional y temerario que quien, para curarse de una quemadura, se arroja a una hoguera. De consiguiente, el deber del infame, tan torpemente expresado por Vargas Vila, no es suicidarse, sino corregir sus yerros y moralizar su vida.

—En verdad que, juzgando cristianamente, esa vargasvilada no pasa de ser una patarata, una simpleza.

—Y de cualquier modo que se juzgue. Creyendo en Dios o no creyendo, no existe tal deber.

Tolstoy y no de otros muchos pensadores católicos, para que no crea unilateral y exclusivista mi modo de juzgar esas cosas.

—Pero ¡si estoy convencido de que el suicidio es un locura! ¡Si lo que pretendía al citar a Vargas Vila era contrastar mis ideas con las de Vd!

—Que me place. Por lo demás, las ideas de Vargas Vila son muy antiguas. Hace más de dos mil años circulaban por Grecia razonadas por Hegesias y otros filósofos pesimistas, hastiados del hedonismo, que ponía o cifraba la felicidad en el vientre.

—Sin embargo, hombres tan sensatos, inteligentes y famosos como Empédocles y Lucrecio fueron suicidas.

—En cuanto al primero, no está bien probado que se arrojara voluntariamente por el cráter del Etna. De Lucrecio se sabe que se mató en un rapto de frenesí, lo cual le disculpa. ¿Cómo iba a matarse a sangre fría un poeta que había tenido paciencia y genialidad para estudiar la naturaleza en un poema de 7431 versos?

—Quedamos, pues, en que el suicidio es una temeridad...

—El suicidio es una tontería.

Quien ponía este, al parecer, extravagante colofón a nuestros comentarios, era el contador, que hasta entonces había permanecido silenioso.

—¡A ver, a ver!—inquirimos el viajante y yo.—Venga esa opinión.

—He dicho que el suicidio es una tontería y se lo voy a probar a Vds. Los refranes y las coplas dicen más que todos los filósofos. No recuerdo ahora ningún refrán, pero sí una coplilla que viene como anillo al dedo al caso que voy a referir. Esta es la copla:

El que pierde a su padre
llora afligido,
y el que pierde dinero
se pega un tiro.

«Tan cierto es esto, que el noventa por ciento de los que se matan son comerciantes o banqueros en quiebra. El suicidio heroico y sublime, como el de los numantinos o el de Bruto, son casos de excepción. El hombre de mi relato no pertenecía a estos últimos. Paisano mío el tal, hijo de una familia pobre, no viendo porvenir en su patria, emigro a América, donde tenía un tío solterón, rico y avaro, establecido como comerciante hacía veinte años en Venezuela. No obstante la tacañería de aquel pariente gruñón, a los diez años de servirle y a costa de grandes privaciones, logró reunir algún dinero, con lo que pudo regresar a España y establecer una tienda modesta de tejidos. Paso el tiempo, murieron sus padres, se casó, tuvo dos hijos y como no le iba mal el negocio, llegó a ser un perfecto y feliz burgués. Pero llegó la guerra mundial, y con la guerra el auge del negocio, y con el auge la riqueza, y con la riqueza la ambición, y con la ambición su desgracia. Se aficionó a especulaciones arriesgadas, y al llegar la inflación del marco, ilust y desa-

tentado, invirtió el producto de todas sus fatigas, y hasta el pan de sus hijos puede decirse, en la compra de aquella hiperbólica moneda germana. Y vino la «debaque»; de la noche a la mañana se encontró arruinado, descorazonado, sin valor para luchar de nuevo y con el remordimiento de haber sumido a su familia en la miseria. ¿Qué hacer en aquel trance? ¿Pedir ayuda a su tío? Ni pensarlo; conocía demasiado su avaricia para esperar por aquella parte subsidio alguno. Cavilando con la tenacidad funesta de la desesperación, llegó a sentir un desprecio absoluto hacia sí mismo, por ser él la sola causa de su desgracia, y como del desprecio a la aversión hay poco trecho, pronto le fué la vida tan odiosa, que decidió matarse. Y una mañana, mientras su mujer y sus hijos estaban fuera de casa, sacó un revolver de su escritorio, se fué a la sala y allí, frente a un espejo, se voló los sesos.

—Como Larra—comentó el viajante.

—Cierto, lo mismo que Figaro en cuanto a matarse delante de un espejo; porque a Larra no le ocurrió, apenas muerto, lo que a mi infelizmente paisano.

—¿Qué más le podía ocurrir—exclamé yo—que haberse matado?

—Ahora lo sabrá Vd. El mismo día de matarse llegaba a su casa un cable de América, procedente de un notario, dando cuenta de que el tío del suicida había muerto legando todos sus bienes, una millonada, a aquel sobrino, su único pariente, que acababa de ir a reunirse con su tío en la eternidad.

—¡Qué barbaridad! Verdaderamente que, en ese caso, fue una tontería el suicidio—afirmé yo despidiéndome de mis interlocutores para preparar mi equipaje, pues ya estábamos entrando en el río de Iloilo.

Y cuando, ya desembarcado, me dirigía al hotel, recuerdo que, como una obsesión, iba repitiendo el final de la famosa copla:... «y el que pierde dinero se pega un tiro.»

ANGEL OVEJAS

Fotógrafo Comercial

1832-C Int. Azcarraga

Sta. Cruz, Manila Tel. 2-51-39



De la velada de presentación de la «Ratio Studiorum» del «Northern College» celebrada en la Universidad del Centro Escolar de Señoritas. En la fotografía: El decano Sr. Verzosa; los Representantes, Sres. Soliven, Baniaga y Hernando; el Presidente de la «Northern College» Sr. Bello; el Presidente de la «National University», Sr. Tabuñar; el decano Sr. Bocobo; y la Srta. Dumlao, el Sr. Nano y la Srta. Estrella Alvarez, que aparece en el momento de declamar la poesía del Dr. Rizal, «Juventud Estudiosa».



La Srta. Josefina Bayot, (centro) con el grupo de sus amigas, que asistieron a la fiesta que con motivo de su cumpleaños dió en su residencia, de la calle Vermont, reinando en la reunión, la mayor alegría, en la que hubo juegos, sorpresas y premios.